

reconocidos por la dicha que á él le proporciona.

Enternecido Gobert, no pudo continuar. Oyéronse entonces gritos y aplausos, cuya señal dió el Prefecto, dirigiendo á los esposos una sonrisa de aprobación. Al oír Clara al contraamaestre hablar de la dicha que proporcionaba á Felipe, se estremeció. Por todas partes y á todas horas escuchaba esta irónica alabanza.

Apaciguado el tumulto y desembarazado Gobert de su ramo, continuó delante de los señores Derblay:

—Tengo otra cosa que decir,—añadió.— Los electores van á ser convocados para elegir diputado...

Al oír estas palabras, dió Moulinet un paso adelante, como si se tratara de él, y el Prefecto miró á su alrededor con aire de autoridad.

—Venimos—continuó Gobert—á rogar al amo que permita le elijamos en el distrito de Pont-Avesnes.

Moulinet exhaló un gran suspiro, como si le quitaran un peso de encima.

—El distrito inmediato al mío,—exclamó;—¡bravo!

Una tempestad de vivas y aclamaciones estalló por fuera de la verja del patio, contestando á la voz del anciano contraamaestre. Los trabajadores de la fábrica, con sus mujeres y sus hijos, se apiñaban en la plaza,

presenciando de lejos la manifestación que habían preparado.

—Abrid la verja,—dijo Felipe,—y que entre todo el mundo.

En un momento inundó la alegre muchedumbre los parterres, esparciéndose por el parque, cuyas extensas alamedas y misteriosas plazoletas, adornadas con estatuas, iluminaban las luces multicolores de los farolillos venecianos.

—Estos buenos muchachos han tenido un excelente pensamiento,—dijo el Prefecto con amabilidad.—El Sr. Derblay es de los nuestros; es un liberal en la más generosa acepción de la palabra. Para todos significa su nombre ciencia, probidad, trabajo y libertad.

—He ahí una candidatura que yo apoyo,—dijo Moulinet.—Los dos representaremos la circunscripción. Hablaré á mis arrendatarios, y quedan á mi cargo los comités, las reuniones y los discursos. Ganaremos la elección sin dificultad alguna.

—Me parece, querido Prefecto, que esto es hacer candidaturas oficiales,—dijo tras del majestuoso Monicaud una voz marcial.

Volvióse el Prefecto como si le hubiesen pisado un pie, y se encontró frente á frente del General, que le miraba con aspecto burlesco. El representante de la Administración civil dirigió una sonrisa al representante de la fuerza militar.

—Mi querido General, cuando se ha comido bien en casa de una persona, no es atento hacerle la oposición al llegar á los postres. Cortesía de digestión.

Y girando después sobre los talones, murmuró entre dientes:

—¡Bah! ¡bah! Un pretoriano.

—Acepto, amigos míos, el honor que me hacéis,—dijo Felipe;—no por ambición, pues ya sabéis que busco poco las ocasiones de distinguirme, sino porque espero poder seros útil.

Hubo entonces un gran tumulto. La multitud prorrumpió en gritos, y durante dos minutos sólo se vieron brazos agitando frenéticamente gorras y sombreros. El ruido cesó poco á poco, y avanzando Clara hacia los trabajadores, les dijo:

—Por mi parte, amigos míos, os agradezco con todo mi corazón vuestra buena idea; y V., Gobert, puesto que es el más antiguo en la ferrería, béseme á nombre de todos sus compañeros.

Y graciosa y risueña, acercó el rostro al anciano contraamaestre, aturdido, cuyo gabán negro, un poco estrecho, le estaba martirizando, y que se puso rojo al aproximarse con tanta precaución como si abrasara el bello rostro de la joven de igual modo que el hierro candente que el obrero estaba acostumbrado á martillar.

—¡Oh, señora!—dijo el buen hombre

sin poder contener una lágrima.—Los Derblay han sido siempre excelentes personas, y V. es muy digna de pertenecer á la familia.

Dirigió Clara á su marido una mirada de triunfo. Las palabras de aquel trabajador estrechaban en su concepto los lazos que la unían á Felipe.

Atanasia murmuraba, cuchicheando con La Brede y Tremblays.

—¿Qué les parece? Todo esto es encantador. Nadamos en socialismo.

Una exclamación enorme cortó la palabra á la Duquesa. Felipe había ordenado llevar algunas botas de vino al centro del parque, y mandó llamar á la charanga del pueblo. Instantáneamente se construyó un tablado, y puestos sobre él los músicos, hicieron oír las chillonas notas de sus instrumentos. Atraídos por el ruido, se mezclaron los labriegos á los trabajadores, estando en vías de desaparecer la antigua hostilidad que dividía en dos campos á obreros y agricultores. Esta multitud agitada y ruidosa parecía negro hormiguero en las anchas alamedas del parque, á la luz de los farolillos de colores que brillaban como flores fantásticas en la sombría verdura de los árboles.

De pronto iluminó la oscuridad un brillante relámpago, primer cohete de los fuegos artificiales que el Barón había preparado y encargado con gran misterio, y que al

estallar ruidosamente en el aire arrojó sobre la multitud admirada una lluvia de deslumbradoras estrellas de oro. En seguida surcaron el espacio dejando tras sí rastro de fuego otros muchos, y los bosquecillos del parque se iluminaron con los resplandores verdes y rojos de las luces de Bengala. Los músicos habían dejado de tocar, y con los instrumentos puestos sobre las piernas miraban el caprichoso serpentear de los cohetes y el sorprendente surtidero de las candelas romanas.

El delicioso Tremblays, siempre oportuno, canturriaba con agria voz la conocida canción:

Perico, levántame
Para que vea los cohetes.

Dirigiéndose el Prefecto á Moulinet, le dijo con entusiasmo:

—¿Ve V. qué bien hace el color rojo en los fuegos artificiales? ¡Qué hermoso color!

—Me gusta más el verde,—respondió el chocolatero sin comprender la alusión.

—Es el color de la esperanza,—dijo amablemente el Tesorero, saludando á Moulinet.

Esto sí lo comprendió el padre de la Duquesa, que tenía lucidez para cuanto afectaba á sus intereses. Miró con benevolencia á este antiguo servidor, y le pareció una persona muy fina, contribuyendo á esta opinión

la circunstancia de tener el Tesorero el mejor par de caballos del departamento.

—Y bien, Sr. Moulinet,—dijo el Barón,—¿está V. á gusto? Parece V. satisfecho.

—Sí, Barón,—respondió con acento expansivo.—Este lujo, esta fiesta, esta animación me encantan. Yo había nacido para la gran vida. Mis aficiones protestan contra la injusticia de mi origen.

—Vuestro talento bastará para hacerlo olvidar,—dijo Prefont con imperturbable sangre fría.

Al incendiarse las partes principales del castillo de pólvora, un inmenso resplandor enrojeció el cielo. En brillante pórtico un niño, dibujado con fuegos de rosas, coronaba á una esbelta mujer delineada con fuegos blancos.

—El Amor coronando á la Industria,—dijo el Barón, creyéndose obligado á explicar la alegoría.

—Lo conozco,—respondió el majestuoso Monicaud al oído del Procurador general.—El año pasado, en Neufchatel, donde yo estaba de subprefecto, nos sirvieron el niño de color de rosa y la mujer blanca la noche de la fiesta nacional, con el título de: El Porvenir coronando á la Francia.

—Y yo—dijo alegremente el Tesorero—los he visto figurar en unos fuegos artificiales en Ville-d'Abraý en honor del doctor

Thomson, el célebre comadrón, designándoles: La Infancia coronando la Medicina.

Terrible ruido y deslumbradora claridad cortaron la palabra á los convidados. El ramillete final, formado por multitud de cohetes, subió al espacio, extendiéndose sobre los espectadores como bóveda de fuego. Una lluvia de cañas ennegrecidas cayó entre gritos y risas sobre las cabezas de los más próximos al sitio donde se quemaban los fuegos. Volvió la oscuridad del cielo, recobró el parque su aspecto de iluminación á la veneciana, y como si diera la señal una mano invisible, todos los instrumentos de la charanga rugieron los primeros acordes de un rigodón. Después de un breve silencio, la voz chillona de un pilluelo gritó: «Cada cual en su sitio para la contradanza.»

Tuvo Atanasia repentino capricho de modistilla: el de tomar parte en el baile de aquellos aldeanos; y tan imperioso fué su deseo, que con ojos brillantes y sonrojadas mejillas se dirigió á Felipe, diciéndole:

— ¡Oh! Sr. Derblay. ¡Inauguremos ese baile campestre!... Será precioso... Venga usted; bailará conmigo.

Felipe no se movió, vacilando entre el deseo de negarse y el temor de ser impolítico.

Clara y él se miraron.

Esta nueva y provocadora tentativa de la Duquesa hizo palidecer á la señora Derblay,

quien juzgó intolerable ya tanto atrevimiento. Habíase jurado además no permitir que Atanasia se apoderase de Felipe. Permaneció, sin embargo, un momento indecisa, ansiosa, temiendo desagradar á su marido. Oyó entonces una voz burlona, la aborrecida voz del Duque, que la decía:

— ¿Lo ves?

Y con un ademán la mostraba al mismo tiempo á Atanasia, inclinada hacia Felipe, mirándole con cariñosos ojos.

Estremeciéndose Clara de dolor y de vergüenza. La imprudente intervención del Duque multiplicó su sufrimiento. En aquel instante, como si su destino se decidiera al fin, los ojos de Felipe encontraron los de Clara, y vió la joven en los de su marido tan claramente la contrariedad y el aburrimiento, que impulsada por fuerza irresistible avanzó tres pasos y tocó ligeramente al brazo de Atanasia, que repetía: «Conque inauguramos el baile, ¿no es verdad?»

— Perdona si contrarié tus proyectos, — dijo Clara friamente. — Pero quisiera hablar un momento contigo.

— ¿Hablar? — preguntó la Duquesa sorprendida y enojada. — Pero ¿cómo? ¿en este instante?

— Sí, en este instante.

— ¿Tan urgente es?

— Muy urgente.

Atanasia miró á su enemiga, y sostuvo

ésta la mirada con tal firmeza, que la Duquesa, no sin alarma, presintió algún grave incidente, bajó los ojos, y con dulce voz:

—¿Qué te ocurre, querida mía?—preguntó intentado coger una mano de Clara.

—Sígueme y lo sabrás,—respondió secamente la señora Derblay.

Y sin añadir una palabra, sin volverse á mirar á Felipe, resuelta, con el corazón palpitante, condujo á Atanasia al pequeño salón desierto. Allí permanecieron en pie un momento como adversarios prontos á acudir á las manos. Oíase á lo lejos la improvisada orquesta, que había empezado á tocar, y el sordo ruido de la agitada multitud llegaba á oleadas al castillo. Todos los convidados bajaron al parque. Atanasia y Clara, entregadas á sus propias fuerzas, continuaban frente á frente.

—Sentémonos si quieres,—dijo la señora Derblay con breve acento.

—¿Será esto muy largo?—preguntó la Duquesa medio ahogando un impertinente bostezo.

—Creo que no

Recostóse Atanasia en una butaca, alargando las piernas, mirando las puntas adornadas de azabaches de sus zapatos, haciéndolas brillar tenuamente á la luz de las arañas, y aparentando no dar importancia alguna á lo que Clara iba á decirle.

—Se trata de un favor que voy á pedirte,—añadió la señora Derblay.

—¿Tendré la suerte de poderte servir?—preguntó Atanasia con indiferencia.

—Sí. El día de la caza, en el bosque, al llevarte á mi marido, me preguntaste si me desagradaba que lo hicieses, y si estaba celosa de tí.

La Duquesa dió un golpecito seco con el tacón en el suelo, y dijo:

—Era broma.

—Pues te equivocaste, porque decías la verdad.

Muy admirada Atanasia, se incorporó en la butaca, y se previno á lo que pudiera suceder.

—¿Tú celosa?—dijo.

—Sí.

—¿De mí?

—De tí,—repitió Clara; añadiendo con forzada sonrisa:—Ya ves que soy franca. Me parece que mi marido se ocupa de tí más de lo que conviene, y deseo que pongas término á una asiduidad que nada te importa y me causa gran pena.

—¡Oh! querida mía,—exclamó Atanasia volviéndose hacia Clara con cariñosa vivacidad.—¿Cómo! ¡Tú sufrías sin decirme! Creo que exageras un poco, porque nada recuerdo que pueda motivar tu quebranto. El Sr. Derblay es muy amable, y, al parecer, gusta de hablar conmigo; pero esta simpatía

entre personas de la misma familia no es sorprendente y nada tiene de criminal.

—Pues me hace sufrir,—insistió Clara.

La Duquesita se irguió, y con acento puntiagudo como barrena, dijo:

—Querida mía, pide á tu marido el remedio á tu mal, porque yo nada puedo hacer.

—Sí; tú puedes poner término á esa timidez.

Dejóse caer lánguidamente Atanasia al fondo de la butaca, sospechando á dónde Clara quería ir á parar. Sin duda le iba pedir un desarme. Endulzó el acento de su voz, y con amabilidad más irritante que pasado desabrimiento, dijo:

—¿Cómo podré conseguirlo? ¿Acogiéndome mal á tu esposo? Eso sería imponerme un papel muy desagradable. Además, ¿crees que soy un medio muy eficaz?

Al decir esto sonreía con el aspecto bruscón de mujer segura de su ascendiente.

—No es eso—replicó Clara con tranquila serenidad—lo que voy á proponerte.

—Pues ¿qué es?

Vaciló un momento Clara, y dijo después con decisión:

—Que te alejes por algún tiempo de mi casa.

Atanasia se puso en pie de repente, y sin poderse dominar exclamó:

—¿Eso imaginas?

—Sí,—contestó Clara con tanta dulzura como aspereza había en la voz de su rival.— Te lo pido por favor. Acúsame de estar loca; pero hazlo así, porque se trata de mi felicidad.

—¿Y con qué pretexto quieres que me aleje? ¿Qué se diría de una separación parecida, por lo brusca, á una ruptura de relaciones?

—Ya nos encargáramos de explicarla de un modo satisfactorio.

La insistencia de Clara produjo grande embarazo á Atanasia. Advirtió que la señora Derblay era más tenaz de lo que había creído, y que si se dejaba arrastrar á la menor concesión todo estaba perdido. Resolvió, pues, cortar por lo sano.

—Podría suceder que no lo consiguiéramos, lo cual sería desastroso para mí. Tú has sido franca y yo también lo voy á ser. Nueva en la sociedad en que me ha hecho entrar el Duque de Bligny, me encuentro bien en ella y tengo empeño en conservar el puesto que he logrado adquirir en la aristocracia. Pero ya sabes lo rigoristas que son en esta clase, y comprenderás que si la familia de mi marido me mira con frialdad, servirá esto de motivo para discutir mi posición, porque soy muy envidiada, y en tal caso, adiós mis ilusiones. Si tú atiendes á tu amor, yo atiendo á mi ambición, y si tienes empeño en proteger aquél, sufre que yo defienda ésta.

Casi sin poderse contener tembló Clara de ira, y deseos tuvo de coger á aquella miserable y aplastarla.

—De modo que te niegas,—dijo con ahogada voz.

—A pesar mío. Pero en conciencia, ponte en mi caso.

La ironía era tan viva que Atanasia no pudo reprimir una sonrisa.

Dominada por la cólera se adelantó Clara.—¿Que me ponga en tu caso?—dijo con violencia.—Tú eres quien te has puesto en mi camino y deseas seguir poniéndote. Desde que te conozco me persigues con tu envidia y tu odio; soltera, me robaste el novio, y casada, quieres robarme el marido. No supe guardar aquél, pero sabré arrancar éste de tus garras.

—¡Ah! ¡Esas tenemos!—exclamó Atanasia lívida de rabia.—Pues bien, quitémosnos la máscara, que en verdad me pesa ya el disimulo. Sí, desde mi infancia te devuelvo en odio cuanto tú y tus iguales me habéis prodigado en desdén. Me has humillado durante diez años con tu nombre, tu fortuna y tu talento. Pues bien, ya ves, hoy tengo millones, soy Duquesa, y te ves obligada á pedirme favores.

—Mira lo que haces,—dijo Clara;—los de mi sangre no se dejan insultar impunemente largo tiempo.

—Y yo—replicó la Duquesa—llevo un

nombre que me pone á cubierto de tu cólera.

—Apelaré de la conducta que tienes conmigo.

—¿A quién?—preguntó Atanasia sonriendo.

—Al mundo.

—¿Cuál? ¿El mundo á que yo he ascendido ó aquel al que tú has bajado?

—A cualquiera, al en que haya personas raras para quienes respetar á los demás es un deber y hacerse respetar un derecho. Ante esas personas, ¿me entiendes? repetiré en voz alta lo que acabo de decirte; te mostraré cual eres, y veremos si el nombre que llevas, por grande que sea, basta para cubrir tu bajeza y tu falsedad.

Quiso responder la Duquesa, pero en vano buscó palabras en su corazón lleno de hiel. Sus labios dejaron escapar un silbido, y reducida al silencio, intentó insultar con el gesto; pero vió ante sí á Clara, tan amenazadora, con la mirada ardiente y agitadas las manos, que tuvo miedo y retrocedió bajando la voz:

—¿Es un escándalo lo que buscas?

—Es una ejecución la que voy á hacer.

Por última vez, ¿accedes á lo que te pido?

—No, y cien veces no,—repitió Atanasia rechinando los dientes.

—¡Pues ahora verás!

Oprimida por los pasos, oíase crujir la

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"

ando. 1625 MONT

Duquesa?
pronto á

y du-

lo. ¿La
suelta-
le ho-
sufrió
a en-

mos-
más
ronil
que

o:
hora
e la

le-
ble

ia
t

arona de la terraza y llegaba al salón rumor de alegres voces. Apareció Felipe sobre la escalinata, dando el brazo á la Baronesa. Seguíales el Duque riendo con La Brede, y después Moulinet, que no se apartaba del Barón.

Vieron á Atanasia y Clara pálidas, trémulas, de pie, una frente á otra. La actitud de ambas jóvenes era tan significativa, que todos se detuvieron estupefactos. En aquel momento, Clara, alta la frente, con tranquila conciencia, fortalecida por los dolores sufridos, se adelantó al centro del salón, y designando á Atanasia con un gesto humillante, dijo:

—Duque, llévate á tu mujer, si no quieres que la eche de mi casa delante de todo el mundo.

Bligny permaneció impasible, dibujándose en sus labios leve sonrisa. Pero Moulinet, sin creer lo que oía, con extraviados ojos y levantando los brazos al cielo, exclamó:

—¡Echar á mi hija! ¡A la Duquesa mi hija!—repitió con énfasis, como si el insulto á ella lo fuese á toda la nobleza de Francia.

Atanasia se dirigió al Duque, diciéndole con penetrante voz:

—Caballero, ¿me dejará V. insultar de este modo sin defenderme?

Bligny avanzó dos pasos hacia Felipe, y con perfecta tranquilidad le dijo:

—¿Aprueba V., caballero, lo que la se-

ñora Derblay acaba de decir á la Duquesa? ¿Está V. dispuesto á excusarse ó pronto á aceptar la responsabilidad?

Las preguntas eran claras, atentas y duras como el acero.

Miró Clara con angustia á su marido. ¿La desautorizaría Felipe ó defendería resueltamente lo hecho? Tuvo un momento de horrible incertidumbre, durante el cual sufrió mucho más que había sufrido hasta entonces.

Al oír á Bligny, acercóse Felipe mostrando su elevada estatura, bastante más alta que la del Duque, en todo su varonil vigor, y gravemente, con una energía que estremeció á cuantos le escuchaban, dijo:

—Señor Duque, cuanto haga la señora Derblay, y sea cualquiera el motivo que la impulse, lo sostengo como bien hecho.

El Duque saludó con incomparable elegancia; volvióse hacia La Brede haciéndole una señal, y dijo:

—Comprendido.

Ofreció en seguida su brazo á Atanasia desconcertada, y salió, siguiéndole Moulinet aturdido y su fiel La Brede, que murmuraba:

—¡Mal negocio! ¡Entre primos! Bligny es el ofendido, y elegirá la pistola; el amo de la ferrería es hombre muerto.

Al ver alejarse á su rival humillada y vencida, no pensó Clara en las terribles

consecuencias de su audaz determinación; exhaló un grito de triunfo, y dirigiéndose á su marido con apasionado reconocimiento:

— ¡Oh! ¡gracias, Felipe!—dijo extendiendo hacia él los brazos.

Pero instantáneamente, al ver á su marido de nuevo impasible, desapareció su entusiasmo.

—No tiene V. nada que agradecerme,—dijo éste.—Al defender á V., lo que defendía era mi honor.

Clara permaneció muda y sombría.

—No olvide V.,—añadió Felipe,—que tiene aquí convidados, y que es preciso no sepa nadie lo ocurrido.

Ofreció su brazo á la Baronesa, cuyos nervios estaban tan excitados que tenía á la vez ganas de reír y de llorar. Clara enjugó una lágrima que se deslizaba por su mejilla, y sonriendo tristemente al Barón, que había quedado junto á ella:

—Ven,—le dijo;—puesto que es necesario, vamos á bailar.

XVIII.

La noche pareció á Clara cruelmente larga. Sola en su dormitorio, comprendió toda la gravedad de la situación, y se espantó.

Había obrado ciertamente con perfecto derecho. Desafiada, amenazada, ultrajada en su domicilio por implacable enemiga, no pudo contenerse, y la echó de su casa. Pero su cuestión particular era ya general, y obligado su marido á defenderla, el choque con el Duque inevitable. Creía estar viendo la enigmática sonrisa de Bligny cuando dijo «comprendido,» y esta sonrisa le estremecía. Sabiendo cuán peligroso adversario era el Duque, comprendió que si no podía evitarse el combate, Felipe estaba en gravísimo riesgo. Al terminar la fiesta había visto al Barón y á Octavio en conferencia con La Brede y Moulinet. Preguntó á su hermano y á Prefont, quienes le contestaron evasivamente, asegurándole con aspecto poco franco que las gestiones producirían un arreglo. Meditaba Clara qué arreglo podía haber entre aquellos dos hombres que se odiaban. El Duque había fijado claramente los términos de la cuestión: ó excusarse ó aceptar la responsabilidad, es decir, una reparación. Ni por un momento pensó que su marido diese explicaciones; por consiguiente, el duelo era inevitable.

Pertenecía Clara á una raza valiente, á cuyas mujeres jamás hizo palidecer el choque de las armas. Su abuela, una Bligny, había recorrido los hondos caminos de la Vendée con las bandas de Etoufflet, disparando su carabina, cuando la ocasión se pre-